

Camboya

"Sihanuk podrá volver si se arrepiente, pero tendrá que arrepentirse muy pronto", han manifestado a Philippe Devillers los nuevos amos de Camboya. Sólo en los primeros días de marzo permitieron los vietnamitas a los extranjeros llegar a Phnom Penh por la carretera que arranca de Ciudad Ho-Chi-Minh (ex Saigón). Devillers fue el primer occidental en hacer ese trayecto. He aquí su testimonio.

LA VUELTA A CASA DE LOS JMERS

PHILIPPE DEVILLERS

POR la carretera número 1, la frontera jmer está exactamente a setenta kilómetros del centro de Saigón, distancia que, en coche, uno tarda en cubrir hora y media. Ni traza de guerra o de tensión. Un puesto minúsculo y una bandera: estamos en la encrucijada de Camboya.

Inmediatamente, el paisaje cambia. De los pequeños arrozales y bosquecillos se pesa de forma casi brutal a la llanura inmensa, desnuda, sin cultivar, a trechos erizada de palmeras de azúcar, que caracteriza al paisaje jmer. Una tierra de nadie de una decena de kilómetros, donde los centinelas de Pol Pot podían disparar fácilmente, desde sus atalayas, sobre cualquier individuo que tratara de abandonar el país... A lo largo de la carretera, como en el Vietnam, los antiguos mojones (blancos y rojos) que dejaron los franceses durante su ocupación. Uno de ellos indica: "Phnom Penh 154 kilómetros".

Pronto comienzan los arrozales, que parecen que llevan al menos una estación sin cultivar. Arrozales muy vastos, geométricos, recorridos por grandes (y profundos) canales de riego, que, sin embargo, no llevan agua. Koljosos que, me dirán después, fueron creados en 1976 para aumentar la producción, ciertamente, pero también para borrar toda huella de propiedad individual y hacer irreversible la transformación social. Medios gubernamentales jmers y vietnamitas afirman que esa transformación tenía como objetivo preparar el terreno para una masiva colonización china, que la matanza o la esclavización de la población jmer debía facilitar. Un paisaje, en cualquier caso, prácti-

camente desierto por el que retozan los búfalos.

Las pequeñas aldeas que atravesamos dan testimonio de los combates allí librados: edificios calcinados o en ruinas, árboles partidos... Estas huellas se harán cada vez más raras conforme avancemos hacia Phnom Pehn.

Un éxodo a la inversa

La presencia militar vietnamita es poco visible. A lo largo de los ciento sesenta y cinco kilómetros que separan la frontera de la capital, ni un solo carro o vehículo de combate, ni un cañón, ya sea vietnamita o camboyano. Sólo se vigilan los grandes puentes, y los puestos vietnamitas, de escasa dotación, no parecen en absoluto en estado de alerta. Del centenar de puentes que franquea la carretera, sólo uno está en condiciones de ser utilizado. A lo largo de las decenas de kilómetros, la carretera ha sido sabotada por los jmers rojos para impedir el rápido avance de los vehículos enemigos.

Impresión de seguridad total. Hemos hecho el trayecto cuatro vietnamitas y yo, en un solo coche y sin armas. Ni un solo disparo hemos podido escuchar a lo largo del trayecto (ni uno solo escuché tampoco mientras duró mi estancia en Camboya).

Sobre esta carretera, a ritmo lento, se produce el final de un acontecimiento histórico. El éxodo de 1975, a la inversa.

La gente marcha en ambas direcciones, vestida de negro, con la cabeza cubierta por el tradicional echarpe, a pie, en carreta de bueyes, en bicicleta, a veces en camión. Suelen ir descalzos, bajo un sol abrasador. Van ligeros de equipa-

je, con el equivalente de una maleta de mediana dimensión por persona, y aun menos... De un día a otro puede apreciarse el cambio. Renacen los pueblos y las aldeas.

En Neak Luong, junto al Mekong, importante punto estratégico, duramente disputado en 1975, la aglomeración se ha resentido enormemente. Mientras esperamos a que llegue el transbordador, recorremos el mercado. Es el reino del trueque. Camboya sigue siendo un país sin moneda, donde se ofrecen bananas, mangos o naranjas a cambio de aves de corral o de carne vacuna, o incluso de cigarrillos, papel o jabón. Un mercado abastecido, donde los vendedores aguardan pacientemente a los compradores.

En el transbordador se codean civiles jmers y militares vietnamitas. No hablan entre ellos porque no se entienden. No se observa, sin embargo, ninguna tensión ni hostilidad alguna por parte de los jmers. Aunque tampoco puede hablarse de familiaridad.

Bonzos y pagodas han desaparecido prácticamente del paisaje. Sólo quedan tres grandes pagodas, casi intactas, en los ciento cincuenta kilómetros de carretera.

Desde Neak Luong hasta Phnom Penh (552 kilómetros), la carretera es mejor. Se precisa hora y media para hacer el trayecto. A la entrada de Phnom Penh, el puente sobre el Bassac está intacto, pero para poder franquearlo hay que pasar un rigurosísimo control.

Una capital aún vacía

La entrada en Phnom Penh se efectúa por el gran bulevar

que, como el Ring de Colonia, rodea a la ciudad por el lado occidental. Por él puede circularse hasta a cien por hora. Vista desde esta arteria, la ciudad, siempre tan hermosa, con sus magníficas avenidas sombreadas, parece enteramente vacía y muerta, como si hubiesen lanzado sobre ella una de esas bombas de neutrones que matan a las personas, pero no destruyen los edificios. Los edificios están, en su gran mayoría, intactos por fuera, pero vacíos por dentro. Sus jardines, exuberantes y luminosos, están en flor.

En tres ocasiones tropezamos con una alambrada y un control. Cerca del centro, más allá de los cines y los hoteles modernos, las calles que se dirigen hacia el Gran Mercado y el barrio chino están prohibidos al tránsito. Todo el barrio central parece igualmente cerrado. La estación, repintada, parece (al menos de lejos) intacta. La Embajada de China, un gran edificio de estilo moderno, que ha caído también intacta en manos de los rebeldes, está bien protegida.

Por último está el antiguo hotel Royal, donde se alojan los extranjeros, pues es uno de los raros lugares donde hay agua. El hotel está sometido a vigilancia armada. De extranjeros, ese día sólo estamos dos japoneses, un alemán, dos soviéticos y yo mismo. Mientras tanto, en el Oeste se lanzaba la gran ofensiva contra los reductos de Pol Pot. Ahora bien, el tráfico aéreo en la región de Phnom Penh me pareció prácticamente nulo: un solo avión en veinticuatro horas.

Phnom Penh seguía vacía, pero, ¿por cuánto tiempo



"No rechazamos a nadie. Todos los que aceptan trabajar con nosotros serán bien venidos, como lo serán los jmers, que, por culpa de los regímenes anteriores, han tenido que refugiarse en el extranjero".

aún? En el sector Norte de la ciudad, más allá del barrio industrial, decenas de millares de personas que han regresado de los campos donde habían sido deportados por Pol Pot, esperan ser seleccionados y poder entrar en la ciudad tan pronto como la misma esté en condiciones de ser habitada, abastecida de agua y víveres, y pueda ofrecer trabajo a sus habitantes. Toda esa gente, reunida en las aldeas y los cocoteros al borde del río, viven en condiciones lamentables, que la próxima estación de lluvias puede agravar. En un grupo escolar, dos maestras nos dicen, en un francés excelente, que hay que reanudar la enseñanza partiendo prácticamente de cero, porque "bajo Pol Pot" sólo se enseñaba a los niños a repicar el arroz, a serrar madera y a cuidar los animales, pero no a leer. ¿Y los bonzos? ¿Dónde están? Mi pregunta ha sido acogida con risas. "Han sido muertos o han tenido que ocultarse y ponerse a trabajar como todo el mundo. Ya no se sabe dónde están".

Un joven ministro

En un barrio exterior de Phnom Penh, Pol Pot había instalado, en el edificio de un colegio, una cárcel, que ahora visitamos. Un lugar siniestro, donde "se han cometido crímenes abominables", nos dice M. L., actual responsable de este lugar, un ex jmer rojo que habla también un francés excelente... Uno se imagina fácilmente lo que ha podido ocurrir aquí. La cámara de tortura, con sus aparatos eléctricos, los grandes "dormitorios" donde se hallaron, encadenados a camas de hierro, cuerpos torturados y decapitados.

La noche del 3 de abril me entrevisté con Hun Sen, ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular de Camboya. Tiene veintiocho años. Originario de Kompong Cham, ex estudiante, cuadro militar jmer rojo durante todo el período 1970-1977 en la región oriental, fue elegido, en el congreso del FUNSK del pasado noviembre, líder de las Juventudes antes de ocuparse de los Asuntos Exteriores en enero de 1979. Según él, la población ha regresado

en un 90 por 100 a sus lugares de origen, pero el movimiento continúa por todos los medios disponibles: automóvil, bicicleta, carreta, barco. Habiendo sido confiscados por Pol Pot todos los efectos personales, cada familia ha tomado lo necesario de la cooperativa de la que formaba parte. Este movimiento general afecta ciertamente a muchos trabajos agrícolas y tendrá consecuencias sobre la producción, pero no se podía, afirma Hun Sen, contrariar los deseos ardientes de todo el pueblo: volver a casa...

"El instrumento de Pekín"

El ministro no ha ocultado la trágica carencia de cuadros que sufre el régimen por culpa de las matanzas de Pol Pot. Para poder poner a punto la nueva Administración, el régimen ha decidido lanzar unos cursos de formación acelerada. Asimismo ha hecho llamamientos a todos los jmers, y en particular a los del extranjero, para que vengán a participar en la reconstrucción del país. "No recha-

zamos a nadie. Todos los que acepten trabajar con nosotros, sobre la base de los ocho puntos del programa del Frente, serán bien venidos, como lo serán también los jmers que, por culpa de los dos regímenes anteriores, han tenido que refugiarse en el extranjero".

¿Y Sihanuk? El ministro no titubea. "Sihanuk nos ha causado últimamente muchas dificultades y, si continúa en Pekín, perderá todo derecho a colaborar con nosotros. Como instrumento de Pekín, sólo puede ser enemigo nuestro. Sihanuk podrá volver si se arrepiente, pero deberá arrepentirse pronto".

¿La presencia vietnamita? "En el extranjero creen que estábamos bajo protectorado vietnamita. Vietnam nos ha ayudado a desembarazarnos de los lacayos de Pekín y de la camarilla de Pol Pot-Ieng Sary. Nos sigue proporcionando una ayuda considerable, pero nosotros seguimos nuestra línea y tenemos una política propia. Esto debe saberlo y comprenderlo todo el mundo". ■ TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".